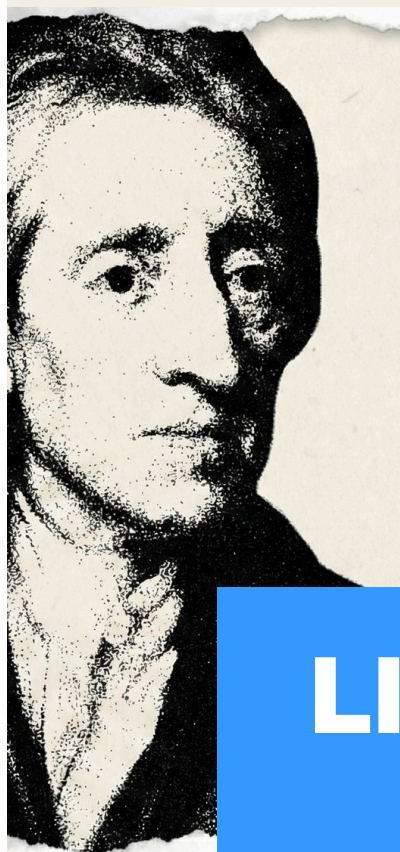




Ciudadanía sin Límites

MEJORES ENSAYOS

LIBERALISMO CLÁSICO

Cuatro respuestas venezolanas a una pregunta
vieja:
**¿cómo se defiende la libertad cuando el mundo
cambia?**

CAMPUS LIBERAL · ORÍGENES DEL PENSAMIENTO LIBERAL · EDICIÓN 2026



CONTENIDO

Índice de ensayos

Introducción

PRÓLOGO DE LA COLECCIÓN

02

Libertad en la era del algoritmo: leer a los clásicos con los pies en el barro

YELITZA FERRER

03

Novus Homo Democraticus: una mirada adentro y al entorno

JESÚS SOLÓRZANO OJEDA

04

La rebelión del individuo: propiedad, conocimiento y la resistencia contra el Leviatán criollo

JULIO PÉREZ

05

El liberalismo: ¿peleas, divisiones, corrientes, evolución, perfectibilidad propia, crítica y reflexión teórica, del contraste interno? ¿O todas ellas?

MARÍA DEL ROSARIO PÉREZ GARCÍA



Introducción

Hay libros que se leen para admirar ideas. Y hay libros que se leen para sobrevivir. Los cuatro ensayos que conforman esta colección pertenecen a la segunda categoría: fueron escritos no desde la comodidad del aula, sino desde la incomodidad de quien ha intentado ejercer su libertad en contextos donde ejercerla tiene un costo real y cotidiano.

Los autores de estas páginas viven en Venezuela. Y eso importa más de lo que parece. Porque escribir sobre liberalismo desde Caracas, desde el llano, desde una ciudad donde la persecución, la dictadura y la suspensión de las libertades son el pan de cada día, no es un ejercicio académico: es un acto de resistencia. A pesar del miedo, a pesar de lo negativo, decidieron pensar fuera del miedo. Decidieron preguntarse si el liberalismo puede ser una opción real para contrarrestar el malestar de vivir bajo una dictadura. Leen a Locke, a Tocqueville, a Smith o a Hayek con una pregunta práctica, casi impaciente: ¿sirven? ¿De verdad sirven para entender lo que está pasando hoy?

«El ser humano no es una máquina, y no puede ser moldeado como una máquina para hacer exactamente el trabajo que se le ordena; es un árbol que necesita crecer y desarrollarse en todos sus lados, según la tendencia de las fuerzas interiores que lo hacen una cosa viviente.»

— John Stuart Mill, *Sobre la libertad* (1859)

La respuesta que emerge de estos ensayos es incómoda y honesta. Los clásicos del liberalismo vieron algo que sigue siendo verdad: el poder es peligroso, incluso cuando se justifica a sí mismo. Vieron que la libertad no es un regalo, sino una conquista frágil que se puede perder de muchas formas, no solo con bayonetas, sino con algoritmos, con consensos fabricados, con silencios que se instalan donde debería haber debate.

Pero los clásicos también tienen puntos ciegos. Escribieron para un mundo donde el poder tenía rostro y dirección. No imaginaron autocracias que gobiernan sin necesidad de parecer dictaduras, que controlan sin necesidad de prohibir, que vacían los derechos sin abolirlos formalmente. No imaginaron que alguien podría vivir bajo una opresión tan sofisticada que le quitara casi todo (la propiedad, la voz, el futuro) pero no lograra arrebatarse lo único que ningún decreto puede confiscar: la capacidad de soñar.

Esa es la apuesta central de estos ensayos y la razón por la que merecen ser leídos juntos. No son académicos en el sentido convencional. Son testimoniales. Cada autor lleva los textos al terreno de su propia experiencia: una reunión donde el silencio funcionó como censura, un recorrido por el llano venezolano donde un título de propiedad marca la diferencia entre dignidad y dependencia, una conversación en la calle donde alguien confiesa que piensa una cosa y dice otra. Los clásicos no son aquí monumentos; son espejos.

Vivir bajo una autocracia férrea enseña algo que los libros tardaron siglos en articular: que la democracia no es un punto de llegada, sino una práctica cotidiana de resistencia. Que la libertad no se defiende solo cuando la quitan, sino cada vez que uno decide usarla. Y que los retos de la democracia en el futuro no serán muy distintos de los del pasado (la concentración del poder, la tiranía de la mayoría, el secuestro de las instituciones) aunque vendrán disfrazados de novedad tecnológica o de urgencia colectiva.

Los cuatro textos que siguen son, cada uno a su manera, una respuesta venezolana a esa pregunta vieja: ¿cómo se defiende la libertad cuando el mundo cambia? No ofrecen respuestas definitivas. Ofrecen algo más valioso: el ejercicio de pensar sin pedir permiso. Y eso, en sí mismo, ya es un acto de libertad.

ENSAYO 1

Libertad en la era del algoritmo

Leer a los clásicos con los pies en el barro

Yelitza Ferrer

Campus Liberal · Orígenes del pensamiento liberal

Introducción

No llegué a los clásicos del liberalismo por romanticismo intelectual, sino por necesidad. Cuando uno vive, y sobre todo trabaja, en contextos donde el poder no se distribuye como dicen los libros, sino que se concentra, se esconde y se disfraza, termina buscando herramientas para entender qué está pasando. Yo no leí a Locke, Montesquieu o Tocqueville para admirarlos; los leí para ver si todavía sirven.

Y la respuesta es incómoda: sí... pero a medias. Hay algo profundamente vigente en sus intuiciones, a veces parecen haber visto venir nuestros problemas con una claridad inquietante, pero también hay momentos donde se nota que escribían para un mundo más simple, o peor aún, para un mundo donde el poder tenía rostro, nombre y estructura. Hoy, el poder muchas veces no gobierna: opera.

Este ensayo nace de esa tensión. No quiero resumir lo que dijeron. Quiero decir lo que pienso después de haberlos leído desde este siglo, desde esta realidad, desde esta frustración.

Desarrollo

Hay una idea que sigue siendo el corazón del liberalismo clásico y que, honestamente, todavía me parece brillante: **el poder es peligroso, incluso cuando se justifica a sí mismo**. Cuando Locke habla del derecho a la rebelión frente a un gobierno que traiciona su mandato, estaba tocando una fibra que sigue viva hoy. No importa si el poder viene de una monarquía o de una elección democrática: puede volverse abusivo. Y eso no ha cambiado.

Pero Locke asumía algo que hoy ya no es tan evidente: que el poder es identificable. Él pensaba en reyes. Nosotros vivimos en sistemas donde el poder está fragmentado, tercerizado o directamente oculto. Hoy, ¿contra quién se rebela uno? ¿Contra el gobierno? ¿Contra una

corporación? ¿Contra un algoritmo que decide qué ves, qué compras y qué piensas sin que lo notes?

IDEA CLAVE

El liberalismo clásico defendía la libertad frente al Estado. Pero hoy el Estado ya no es el único, ni siempre el principal, actor que limita la libertad.

Adam Smith, por ejemplo, tenía razón en algo que muchos olvidan: desconfiaba de los monopolios. Sabía que el mercado, sin límites, tiende a concentrarse. Eso, hoy, es casi profético. Pero incluso Smith se queda corto. Él no imaginó un mundo donde unas pocas empresas no solo dominan mercados, sino también la información, la atención y el comportamiento humano. No estamos hablando solo de economía; estamos hablando de arquitectura de la realidad.

Cuando abro una red social y veo contenido cuidadosamente diseñado para retenerme, no siento que esté ejerciendo mi libertad. Siento que estoy participando en un sistema que me estudia más de lo que yo lo entiendo.

Montesquieu, por su parte, insistía en la separación de poderes como garantía de libertad. Y, en teoría, sigue siendo una de las mejores ideas que tenemos. El problema es que esa separación fue pensada para un tipo de poder institucional y formal. Hoy, los poderes no siempre están donde creemos. Puedes tener un sistema con división de poderes en papel, pero capturado en la práctica. Jueces que responden a intereses políticos. Legisladores financiados por grupos económicos. Ejecutivos que gobiernan para mantenerse en el poder, no para ejercerlo con responsabilidad.

Tocqueville es quizás el que más me incomoda, y al mismo tiempo, el que más respeto. Cuando hablaba de la «tiranía de la mayoría» en *La democracia en América*, estaba señalando algo que hoy vemos todos los días: la presión social puede ser tan opresiva como el poder político. Pero creo que incluso él se quedó corto.

Hoy no es solo la mayoría la que oprime. Es la percepción de la mayoría. Es la ilusión de consenso creada por sistemas que amplifican ciertas voces y silencian otras. Es la viralidad como mecanismo de control. **No necesitas que todos piensen igual. Solo necesitas que parezca que todos piensan igual.**

Y ahí es donde el liberalismo clásico empieza a quedarse sin herramientas. Porque estos autores pensaban en ciudadanos relativamente informados, tomando decisiones dentro de un espacio público reconocible. Pero hoy ese espacio está mediado, filtrado y, muchas veces, manipulado. No es solo que la libertad esté en riesgo. Es que nuestra capacidad para entender cuándo está en riesgo también lo está.

Herbert Spencer, con su defensa radical del laissez-faire, me parece directamente ingenuo en el contexto actual. Su confianza en que el mercado y la competencia generarían orden y bienestar no resiste el peso de la desigualdad estructural que vemos hoy. No vivimos en un terreno de juego nivelado. ¡Nunca lo fue! Hablar de libertad sin hablar de condiciones materiales es, en el mejor de los casos, incompleto. En el peor, es una forma elegante de justificar desigualdades profundas.

Y, sin embargo, no todo se rompe. Hay algo en el liberalismo clásico que sigue siendo necesario: la idea de que el individuo importa. De que hay límites que el poder no debería cruzar. De que la libertad no es negociable. Pero hoy esa defensa necesita evolucionar. No basta con limitar al Estado. Hay que entender cómo operan las nuevas formas de poder. No basta con proteger derechos formales. Hay que garantizar condiciones reales para ejercerlos. No basta con repetir los clásicos. Hay que discutirlos.

Conclusión

Después de leerlos, no siento que los clásicos del liberalismo estén equivocados. Pero tampoco siento que sean suficientes. Son un punto de partida, no una respuesta final. Nos enseñaron a desconfiar del poder. Pero ahora tenemos que aprender a reconocerlo cuando no se presenta como tal. Nos hablaron de libertad, pero ahora tenemos que redefinirla en un contexto donde las decisiones no siempre son tan libres como parecen.

Si algo me queda claro es esto: no podemos defender la libertad del siglo XXI con herramientas del siglo XVIII sin adaptarlas. Y eso implica algo incómodo pero necesario: dejar de tratar a los clásicos como autoridades intocables y empezar a tratarlos como interlocutores. Algunos tenían razón. Otros se equivocaron. Todos estaban limitados por su tiempo. Como nosotros. La diferencia es que nosotros ya no tenemos excusa para no ver lo que ellos no pudieron imaginar.

ENSAYO 2

Novus Homo Democraticus

Una mirada adentro y al entorno

Jesús Solórzano Ojeda

Campus Liberal · Orígenes del pensamiento liberal

No elegí este tema por casualidad; más bien me encontró. Cuando leí a Alexis de Tocqueville, hubo una idea que no me soltó: eso de que la mayoría no necesita imponerse por la fuerza, que le basta con marcar los límites de lo aceptable. En *La democracia en América* lo dice con una claridad que incomoda: la mayoría traza un círculo formidable alrededor del pensamiento. El que sale no necesariamente es perseguido, pero sí queda expuesto. Y muchas veces, solo.

Esa imagen me pareció demasiado actual como para dejarla pasar. No la sentí como historia, sino como una especie de diagnóstico adelantado. Y ahí fue donde empecé a hacerme la pregunta que guía este ensayo: ¿cómo sería hoy ese hombre democrático del que hablaba Tocqueville? ¿Sigue existiendo? ¿Ha cambiado? ¿Y en qué lugar quedo yo dentro de esa descripción?

Pero no quise quedarme solo con Tocqueville. Me pareció necesario cruzar esa mirada con la de John Locke y Adam Smith, porque los tres, aun en tiempos y ángulos distintos, hablan del individuo en sociedad. Locke lo hace desde los derechos y la libertad frente al poder. Smith desde la interacción social y los incentivos. Tocqueville desde el comportamiento en contextos democráticos.

TESIS DEL ENSAYO

El hombre democrático de hoy no contradice a ninguno de los tres, pero sí los pone en tensión: tiene derechos (Locke), interactúa y busca reconocimiento (Smith), pero vive condicionado por una presión social constante (Tocqueville). En ese equilibrio inestable, la libertad no desaparece, pero se vuelve más difícil de ejercer.

Tocqueville: la mayoría como límite invisible

Lo primero que hay que reconocerle a Tocqueville es que vio algo que no era evidente en su tiempo. Mientras muchos celebraban la democracia como una expansión de la libertad, él se detuvo a mirar sus riesgos. Y no los buscó solo en las instituciones, sino en la conducta de las personas.

El hombre democrático, según él, tiende a evitar el conflicto, a no aislarse, a no quedar fuera del consenso. No porque sea débil, sino porque valora la aceptación. Y en ese proceso, puede terminar cediendo su autonomía. Cuando entendí eso, no pensé en el siglo XIX. Pensé en hoy.

Recuerdo una reunión interna, de esas donde se supone que uno puede hablar con libertad, en la que planteé una diferencia. No era una crítica destructiva, ni un ataque personal; era simplemente otra forma de ver una estrategia. La reacción no fue confrontación; fue silencio. Y después, alguien cambió el tema. Nadie dijo que estaba mal, pero todos dejaron claro que no era conveniente seguir por ahí. Ese tipo de dinámica es más fuerte de lo que parece porque no te obliga, pero te ubica. Ahí es donde la «tiranía de la mayoría» deja de ser un concepto y se vuelve experiencia.

Locke: la libertad que existe... pero no siempre se usa

Si uno mira esto desde la perspectiva de Locke, la situación tiene algo de contradictorio. Locke defendía la libertad individual frente al poder arbitrario. Su idea central era que el individuo tiene derechos previos al Estado —vida, libertad y propiedad— y que el gobierno existe para protegerlos, no para concederlos.

Recuerdo una conversación en la calle, en un contexto de activismo, en que una persona se acercó, miró a los lados y habló en voz baja. Me dijo que estaba de acuerdo con lo que planteamos, pero que no podía decirlo públicamente, no por miedo a una ley, sino por su entorno: su trabajo, su familia, su comunidad. Su frase fue directa: **«yo pienso eso, pero no puedo decirlo»**.

Desde Locke, esa persona es libre. Nadie lo está censurando formalmente. Pero en la práctica, no se siente así. Y eso me obliga a hacer una distinción importante: la libertad puede existir en el papel y no ejercerse en la realidad. Locke pensó en proteger al individuo del poder del Estado, pero hoy, muchas veces, el límite no viene de ahí; viene de la presión social, del entorno, del costo de disentir.

Smith: el individuo que busca aprobación

Adam Smith introduce otro elemento que ayuda a entender esto. Aunque se le conoce principalmente por *La riqueza de las naciones*, hay una obra que aquí es igual o más relevante: *La teoría de los sentimientos morales*. Ahí Smith explica que el ser humano no actúa solo por interés económico, sino también por el deseo de ser aprobado por los demás. Esa idea es clave.

LA VERDADERA PRUEBA

La libertad no es solo tener derechos; es usarlos, incluso cuando es incómodo. Y eso, hoy, tiene costo. ¿Estás dispuesto a pagarlo?

ENSAYO 3

La rebelión del individuo

Propiedad, conocimiento y la resistencia contra el Leviatán criollo

Julio Pérez

Campus Liberal · Orígenes del pensamiento liberal

Introducción

Elegí la Opción A para este ensayo porque mi trayectoria como activista en Vente Venezuela ha sido una serie de lecciones prácticas sobre la fragilidad de la libertad. Al enfrentarme a los autores del liberalismo clásico, no lo hago desde el estrado de un académico, sino desde una realidad donde la teoría se encuentra con el barro de la persecución política y la miseria institucional.

La pregunta que guía esta reflexión es: ¿siguen siendo útiles las herramientas conceptuales de Locke, Montesquieu o Smith para iluminar una realidad, como la venezolana, que ellos no pudieron imaginar? Mi hipótesis es que sí, pero solo si somos capaces de separar la esencia profética de sus ideas de la ingenuidad con la que a veces confiaron en que las instituciones formales serían suficientes para contener la barbarie.

A. La profecía de Locke: la propiedad como blindaje contra la servidumbre

Si hay una parte de la teoría liberal clásica que se mantiene como una verdad profética e inamovible, es la defensa de la propiedad privada. Cuando John Locke, en su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, argumenta que el fin último del gobierno es la preservación de la propiedad, y que esta nace del trabajo del individuo sobre los recursos comunes, no está solo haciendo economía. Está estableciendo un pilar antropológico: el hombre es dueño de sí mismo y, por extensión, de los frutos de su labor.

En mi experiencia recorriendo el llano venezolano y analizando nuestra historia agraria, he comprendido que la tierra sin un título de propiedad que goce de garantías jurídicas no es libertad; es una «jaula con paja». El carcelero, en este caso, no es un rey absolutista, sino el

burócrata de turno que administra la escasez.

El Estado intervencionista se disfraza de «justicia social» para despojarnos del control real sobre nuestro esfuerzo. La teoría de Locke es profética porque nos permite identificar que el «derecho a la resistencia» que él postula no es solo contra un tirano con corona, sino contra cualquier poder, así se vista de democracia popular, que vulnere esa esfera sagrada de autonomía que es la propiedad.

B. La ingenuidad de los clásicos: el formalismo jurídico y el Leviatán criollo

Sin embargo, la teoría clásica también muestra sus lagunas. Existe cierta ingenuidad en la confianza de que los mecanismos formales de control son suficientes. Montesquieu, en *Del espíritu de las leyes*, diseña la división de poderes como un dique infranqueable para el absolutismo. Pero su modelo presupone algo que hoy, en Venezuela, sabemos que no existe: una cultura política donde los actores respetan las reglas del juego.

Esta fragilidad del marco legal nos lleva a Friedrich Hayek. Al leer *Camino de servidumbre*, encuentro la explicación a lo que hemos vivido. Al intentar planificar cada aspecto de la economía y la vida social, el Estado no solo fracasa por ineficiente, sino que destruye el orden espontáneo del mercado y la sociedad civil. La intervención ya no es solo económica; es cognitiva: busca controlar la información, desacreditar el conocimiento individual y atomizar a la sociedad para que no pueda generar focos de resistencia.

C. El activismo como batalla cultural: de Locke a la tristeza de Rangel

Mi labor en la Coordinación de Formación de Vente Venezuela, bajo la guía de Omar González, me ha permitido traducir estas ideas al terreno de la acción. Siguiendo la ruta de María Corina Machado, entiendo que nuestra lucha no es solo electoral, sino profundamente ética y cultural.

Aquí es donde un autor venezolano, Carlos Rangel, se vuelve indispensable. En *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Rangel desmonta los mitos que justifican el fracaso a través del victimismo y la culpa al «imperio», una retórica que alimenta al Leviatán que nos oprime. Si Locke nos da las bases filosóficas para defender la propiedad, y Hayek nos advierte sobre los peligros de la planificación central, Rangel nos ofrece el bisturí para operar la mentalidad colectiva.

Conclusión

Tras este recorrido, mi reflexión final es firme: el liberalismo no es una opción estética o intelectual en Venezuela; es una necesidad práctica para recuperar nuestra dignidad. Los mecanismos formales de Locke y Montesquieu son necesarios, pero no suficientes sin una ciudadanía que, como nos enseñó Rangel, abandone los mitos que la esclavizan.

Aunque intenten trancarnos el camino con decretos y amenazas, nuestra razón ya aprendió a volar. Y esa capacidad de pensar y juzgar es la propiedad más inalienable que ningún Estado nos puede arrebatar.

ENSAYO 4

El liberalismo: ¿peleas, divisiones, corrientes, evolución, perfectibilidad propia, crítica y reflexión teórica, del contraste interno? ¿O todas ellas?

María del Rosario Pérez García

Campus Liberal · Orígenes del pensamiento liberal

Introducción: las peleas de familia

Es importante para mí identificar mi propia «herencia». Creo que todos somos hijos intelectuales de alguna persona. Al profundizar en estas divisiones, descubro de dónde vienen mis propios prejuicios y valores. ¿Eres más de proteger la autonomía individual a toda costa (hijo de Mill)? ¿O crees que la comunidad debe estar por encima del individuo (hijo de Rousseau)? Conocer la «genética política» me permite ser más crítica con mis propias ideas y más empática con las ajenas.

Si analizamos la política actual como una terapia de grupo familiar, nos daríamos cuenta de que no estamos gritando por cosas nuevas, sino que estamos recitando los guiones que nuestros «padres intelectuales» dejaron a medio escribir. Las divisiones de hoy son, en gran medida, las grietas que los pensadores de los siglos XVII y XVIII no supieron resanar.

1. El pecado original: libertad vs. igualdad

Esta es la pelea más vieja de la casa. Los pensadores de la Ilustración nos prometieron ambas, pero nunca nos dieron el manual de instrucciones para combinarlas. Si dejas que todos sean totalmente libres, la gente con más talento, suerte o ambición acumulará más, creando desigualdad. Si quieres que todos sean iguales, tienes que quitarle libertad a unos para dársela a otros. Cada vez que alguien pelea por «bajar impuestos» (Libertad) y otro por «servicios públicos universales» (Igualdad), están simplemente escenificando este divorcio filosófico que ni Locke ni Rousseau lograron reconciliar.

2. El «contrato social» que nadie firmó

Los clásicos —Hobbes, Locke, Rousseau— inventaron la idea de que vivimos en sociedad porque «aceptamos» un contrato. Pero ese contrato tiene una cláusula con letra pequeña que hoy nos está estallando en la cara: lo escribieron para un mundo de comunidades homogéneas. No previeron sociedades multiculturales, globales e hiperconectadas. La división entre globalistas y soberanistas nace de aquí.

3. La razón frente a la pasión

La Ilustración nos dijo: «Atrévete a saber». Pensaron que si todos usábamos la Razón, llegaríamos a las mismas conclusiones lógicas sobre cómo gobernar. Pero ignoraron que los humanos somos máquinas de sentimientos que usan la razón solo para justificar lo que ya queremos creer. La polarización extrema que vivimos hoy tiene ese origen.

¿Hasta qué punto nacen de ellos nuestras divisiones?

Yo diría que en un 80%. Los pensadores originales nos dieron las herramientas —democracia, derechos humanos y libre mercado— pero nos las dejaron sin afilar:

HERRAMIENTAS SIN AFILAR

Nos dieron la **Democracia**, pero no nos dijeron cómo evitar que se convierta en una «dictadura de la mayoría».

Nos dieron el **Capitalismo**, pero no previeron que el capital se concentraría tanto que desafiaría al Estado.

Nos dieron la **Ciencia**, pero no previeron que la tecnología se usaría para manipular la atención.

¿Dominante o irreconocible? La identidad del liberalismo hoy

El liberalismo ha muerto de éxito y, en el proceso, se ha convertido en aquello que juró destruir (el statu quo), mientras su esencia se diluía en mil versiones contradictorias. El liberalismo empezó siendo el hijo rebelde que quería irse de casa del Rey; hoy es el padre que es dueño de la casa, paga la hipoteca y se queja de que los jóvenes hacen mucho ruido.

La palabra «liberal» ha sufrido una fragmentación de identidad severa. En EE.UU. ser liberal es ser progresista y partidario de un Estado fuerte. En Europa y Latinoamérica suele asociarse al libre mercado y la reducción del Estado. El liberalismo «woke» y el libertarismo reclaman la misma herencia, pero se desprecian entre sí.

¿Cómo afecta esta desunión a la unidad política liberal?

Esta desunión teórica no es solo un debate de café entre intelectuales; es el terremoto silencioso que está agrietando los cimientos de las democracias modernas. La desunión ha transformado la política liberal en una guerra de trincheras interna. En lugar de avanzar hacia un objetivo común, la energía se gasta en litigios constantes sobre el alcance de los derechos, en polarización afectiva, y en la incapacidad de reforma. El gran riesgo es que, de tanto pelear por los detalles de la herencia, la familia termine perdiendo la casa.

Conclusión

Si aceptamos que nuestras divisiones actuales son «peleas de familia» heredadas de los puntos ciegos de la Ilustración, la conclusión no es que el sistema esté roto, sino que el contrato original ha expirado. La división actual nace de una paradoja de éxito: el liberalismo y la razón funcionaron tan bien que crearon un mundo demasiado complejo para ser gestionado solo con las reglas de Locke o Smith.

La gran enseñanza de estas «peleas» es que nadie tiene la razón completa porque los pensadores originales solo vieron una cara de la moneda. La Libertad sin comunidad se vuelve selva y soledad. La Igualdad sin libertad se vuelve cárcel y estancamiento. La Razón sin emoción ignora lo que nos hace humanos.

Si tuviera que redactar una propuesta para las próximas generaciones, se basaría en tres pilares: primero, la **soberanía cognitiva** —proteger nuestra mente de los algoritmos, tal como Locke pedía proteger nuestras tierras de los reyes. Segundo, pasar del crecimiento infinito a la **homeostasis** —un mercado que internalice el costo del planeta y el bienestar mental. Tercero, de la identidad de trinchera a la **identidad de propósito** —unirnos por lo que hacemos frente a retos globales, no por lo que somos.

La democracia no es el lugar donde «ganamos»; es el lugar donde aprendemos a perder con elegancia y a convivir con la contradicción.



Pensar sin pedir permiso ya es un acto de libertad.

La libertad se construye con ideas.



Ciudadanía_{sin}**Límites**

Ciudadanos libres hacen sociedades más justas.

ciudadaniasinlimitesve@gmail.com · ciudadaniasinlimites.org

© 2026 Ciudadanía sin Límites · Campus Liberal — Orígenes del pensamiento liberal.

Los textos pertenecen a sus autores.



Ciudadanía sin Límites



ciudadaniasinlimites



csinlimitesvzla